

que padeces, y recíbela como una gracia singular suya; ámale y sírvele por ella, y tenla por fiel compañera, que al fin te ha de llevar al Cielo.



ño, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿se te hace tan pesado? — Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,



MARZO

(Flor: *Cactus rojo.*)

La penitencia.

§ I

DESPUÉS del pecado de Adán, toda su posteridad fué condenada á penitencia. Nuestra vida no puede ser otra cosa sino una penitencia continua. ¿Vives tú con esa persuasión? ¿Gobiernas tus acciones con el espíritu de penitencia? El Salvador nos rescató del pecado original; mas no nos libró de la obligación de hacer penitencia por los demás pecados que cometemos. Él nos la predica diversas veces en su Evangelio. « Haced, dice, penitencia,

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable,

porque se acerca el reino de los cielos.» «Si no hicieréis penitencia, todos pereceréis.» — La Santa Iglesia, para obligarnos más particularmente á la santa penitencia, nos ha señalado el tiempo de la Cuaresma, dedicándolo á penitencias más regulares y determinadas, cuales son los ayunos, oraciones y otras austeridades que en ella ejercitan los fieles. Elcual tiempo, con sus ejercicios santos, está consagrado con los ayunos, oraciones y demás asperezas que Cristo ejercitó durante cuarenta días en el desierto. Y así, debemos recibir con mucho gozo y estimación, aprovechándonos de él con la práctica de aquellas santas obras que nuestro Salvador todo aquel tiempo con tanto rigor practicó.—Siendo, pues, cierto que entre el cuerpo y el espíritu hay una batalla perpetua y una enemistad irreconciliable, tú tienes la obligación de fortificar la parte del espiri-

ño, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿se te hace tan pesado? — Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,

tu y debilitar la del cuerpo. Lo cual principalmente se hace por medio de las discretas penitencias. Por falta de las cuales el cuerpo, de esclavo, se hace señor, y de señor, tirano, poniendo al alma en una extraña esclavitud. — Tus penitencias voluntarias tienen el precio del mérito y el de la satisfacción, porque por ellas mereces nuevo aumento de gracia y pagas las penas debidas por tus pecados. ¡Gran negocio! ¡Conseguir con una obra sola dos ganancias tan importantes, como son pagar lo que se debe á Dios, y de acreedor nuestro hacerlo nuestro deudor! — Déjate guiar en tus penitencias por los avisos de tu Superiora ó Director, y huye de los dos extremos contrarios; éstos son el hacer pocas ó ningunas, y el hacer demasiadas.

Haz las que hicieres con constancia, no dejándolas por delicadeza ó por tedio. Pues si siempre eres pe-

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable.

cadora, sé siempre penitente.— Sobre todo haz tus penitencias con espíritu de penitencia verdadera, reconociéndote delante de Dios como delincuente, y confesando que por el menor de tus pecados has merecido la muerte y otros grandes castigos, en cuyo lugar Dios, por su bondad, se contenta con esas tus penas ligeras. Tómalas con corazón contrito y con espíritu humillado, porque esto, y no otra cosa, quiere Dios en tus penitencias: un corazón arrepen- tido, un espíritu lleno de dolor por haber ofendido á tu Señor.

¡Dios mío! Si mis penas hubiesen de ser iguales á mis pecados, yo debería sufrir los más horribles castigos que los tiranos inventaron, y que la naturaleza pudiera darme con cualquier género de enfermedades; y con todo eso, Vos, Dios mío, os dais por contento con el dolor de mi contrición y penitencias. Yo, Señor, os ofrezco estas mis volunta-

ño, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿se te hace tan pesado?— Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,

po á mi alma, habéis querido que el cuerpo, que es corruptible, fuese esclavo del alma, la cual Vos criasteis á vuestra imagen y semejanza,

rias penas, juntándolas con las que Vos padecisteis en vuestra dolorosísima Pasión, y os suplico me perdonéis mis pecados y me recibáis en vuestra amistad, que yo con mi ingratitud he perdido.

§ II

Mortificación corporal.

Tú no puedes siempre hacer penitencias, ó porque tus fuerzas no lo sufren, ó porque el tiempo y la ocasión no lo permiten. Pero puedes muy á menudo mortificar tu cuerpo en cosas ligeras, que no dañan á la salud, y van disminuyendo las fuerzas de ese enemigo doméstico, que siempre te está haciendo guerra sin tregua.

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable.

adora, sé siempre penitente. — Sobre todo haz tus penitencias con espíritu de penitencia verdadera, reconociéndote delante de Dios como delincuente, y confesando que por el

El alma es la señora á quien toca el discernir lo necesario de lo superfluo, y la que debe tasar al cuerpo lo que ha menester, inclinándolo siempre más á lo limitado que á lo excesivo, y manteniendo con valor este dominio sobre el cuerpo, que le han dado la naturaleza y la gracia. Así como el cuerpo principalmente importuna al alma con peticiones continuas de lo que agrada á sus sentidos, así el alma continuamente debe, en esos mismos sentidos, mortificar al cuerpo, trayéndolos siempre sujetos á la razón. Sujeta, pues, y pon en regla á esos cinco enemigos tuyos: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, no concediéndoles nada ilícito, y á veces negándoles lo lícito y permitido, para mostrar al cuerpo que él no es el señor, y que no ha recibido el ser que tiene sino sólo para obedecer.

Aunque el cuerpo es todo animal, gobiérnalo con la razón y hazle que

po á mi alma, habéis querido que el cuerpo, que es corruptible, fuese esclavo del alma, la cual Vos criasteis á vuestra imagen y semejanza,

espere la recompensa de aquello que padece. ¿Cuán grande será la gloria, cuán grande el placer que él tendrá cuando sea revestido de inmortalidad en el Cielo? Allí le serán sus mortificaciones corona, y sus sufrimientos aumentarán su gloria, y por un deleite momentáneo aquí despreciado de sus sentidos, allí gozará deleites eternos. El mortificar el cuerpo en esta breve vida, es dar á usura su caudal para la vida eterna. No trates delicadamente al que ha de ser manjar de gusanos. ¿Qué cosa es comer, dormir y regalar al cuerpo con demasía, sino engrosarle y sazónarle el alimento á la podredumbre? Un bocado que te quitas de la comida ordinaria, la diligencia que pones en levantarte á su tiempo, y en desechar el sueño, y cosas semejantes, no son de daño alguno al cuerpo, y á ti son de mucho provecho para acostumbarte á vencerlo. Piensa, como el

cadora, sé siempre penitente.—Sobre todo haz tus penitencias con espíritu de penitencia verdadera, reconociéndote delante de Dios como delincuente, y confesando que por el

Apóstol, que tu cuerpo es una prisión que tiene presa á tu alma y le impide el ir á su patria. ¿Qué preso habría que cuidase de reparar las ruinas de su prisión, y que no desease antes que ella se deshiciese, y que cayeran sus murallas en tierra para recobrar su libertad? Considera á tu cuerpo como una fortaleza enemiga, á la cual el tiempo y tú tenéis puesto cerco, dándole continuos asaltos, y poco á poco vais desmoronando á pedazos, con que finalmente ha de venir á ser destruída. Sin su destrucción tú no puedes ser perfectamente vencedora, ni subir al cielo. Pero en el ínterin, por las mortificaciones menudas y continuadas, y con privarle de las cosas superfluas, puedes sin mucha resistencia alcanzar de ella la victoria que, mientras vives, te es conveniente. ¡Dios mío y Criador mío!, de quien yo he recibido el ser; que, habiendo unido mi cuer-

po á mi alma, habéis querido que el cuerpo, que es corruptible, fuese esclavo del alma, la cual Vos criasteis á vuestra imagen y semejanza, y que asimismo habéis querido que este cuerpo venga á ser por la resurrección inmortal: hacedme, Señor, la gracia de que yo lo traiga siempre sujeto á vuestra voluntad, y que mi alma, que es la señora, no se haga esclava de su cuerpo ni del demonio, vuestro enemigo, para que Vos siempre y en todo seáis obedecido.

§ III

Mortificación del espíritu.

De la mortificación del cuerpo has de pasar á la del espíritu, y trabajar por tener sujeta la más noble parte de ti misma. Las potencias de nuestra alma suelen ser rebeldes á la gracia y á la razón. Es necesario

acometerlas y pelear contra ellas, y vencerlas, para hacer así que la gracia reine en nosotras. ¿Qué cosa es una alma que no se ocupa en mortificar alguna pasión? Tú lo has experimentado muchas veces por las acciones desordenadas que has cometido, y has visto que no hay bestia más feroz, ni más peligrosa, que una pasión desbocada por falta del freno del temor y de la razón. Nuestras pasiones nacen, crecen y vienen á hacerse insuperables si á los principios no trabajamos por ahogarlas en la cuna. Esa impaciencia que nace en tu alma, vendrá á parar en furia; esa aversión se convertirá en odio, y esa complacencia vendrá á ser amor desordenado, y una pasión sola bastará para apoderarse de tu alma y ponerle leyes. — Escoge hoy aquella pasión con la cual quieres pelear, é intémale una fuerte guerra, y no des oído á las palabras

cosas superfluas, y
resistencia alcanzar de ella la victoria que, mientras vives, te es conveniente. ¡Dios mío y Criador mío!, de quien yo he recibido el ser; que, habiendo unido mi cuer-

engañosas que te dirá; advierte que, si te adula, lo hace por perderte, y que nunca estarás segura hasta que la tengas vencida. La cruz que tú debes llevar siguiendo al Salvador, es esta mortificación de espíritu. Cárgate todas las mañanas de este precioso peso, para llevarle en todas tus ocupaciones, ya sean necesarias y obligatorias, ya sean voluntarias y de elección tuya, para que la mortificación las regule á todas, yendo tú continuamente pensando en la cruz de Jesucristo que llevas contigo. — Esta, en primer lugar, debes aplicar contra la propia voluntad, que es una práctica excelente para la cual nunca te faltará materia; porque ¿quién no desea cumplir la voluntad propia? Y al contrario, conviene desear no cumplirla. Porque nunca está una más bien dispuesta para hacer la voluntad de Dios que cuando lo está para hacer antes la voluntad de otro, y no

la propia. Apetece y ama los encuentros que mortifiquen tu propia voluntad, ya te vengan de Dios, ya de sus criaturas.

¿De dónde nacen los pecados del mundo, sino de la falta de esta mortificación del espíritu? Teme lo que puede seguirse de esta desgracia. Y si tú no puedes aún desarraigar de tu alma estas malas plantas de tus pasiones, corta á lo menos cada día los renuevos, las ramas y las hojas que arrojan, para que no lleguen á producir sus pésimos frutos.

¡Jesús, Salvador mío!, que desde la cruz habéis enseñado tan perfectamente la verdadera penitencia, y la mortificación duplicada del cuerpo y del alma : haced que mi cuerpo y mi alma sean una copia de vuestra santa y dolorosa Pasión. Y si mi cuerpo es demasiado débil para sufrir vuestros dolores, mi alma á lo menos aparte de sí todos los vi-

cosas supernas, p...
resistencia alcanzar de ella la victoria que, mientras vives, te es conveniente. ¡Dios mío y Criador mío!, de quien yo he recibido el ser; que, habiendo unido mi cuer-

temerás muchas cosas: la pobreza, la enfermedad, la enemistad, el desprecio, la deshonra y otras mil miserias. Mas si haces una vida conforme á la gracia, cual debe ser la

cios con la imitación de vuestras virtudes, y todos los días se abraze con vuestra cruz por medio de una santa mortificación.



la propia. Apetece y ama los encuentros que mortifiquen tu propia voluntad, ya te vengan de Dios, ya de sus criaturas.

temerás muchas cosas: la pobreza, la enfermedad, la enemistad, el desprecio, la deshonra y otras mil miserias. Mas si haces una vida conforme á la gracia, cual debe ser la



ABRIL

(Flor: *Sensitiva.*)

—

Nuestros temores.

§ I

Lo que no se debe temer.

EL temor es una de las penas del pecado de Adán. Porque ¿de qué sirve prevenir el mal que aún no ha llegado, y atormentarnos con aquello que aún no nos atormenta? El Salvador nos dejó dicho que no estemos solícitos por el día de mañana, porque le basta su malicia al día presente en que vivimos. Por ventura, el mal que tú temes y que cruelmente te aflige, no llegará ja-

la propia. Apetece y ama los encuentros que mortifiquen tu propia voluntad, ya te vengan de Dios, ya de sus criaturas.

más. Tú sabes por experiencia propia que mil cosas, cuyo temor te ha causado grande inquietud, jamás han sucedido, ó porque eran meras aprensiones tuyas sin fundamento, ó porque Dios, por su voluntad, las impidió para que no llegasen á ti. Apártate de semejantes temores, y échalos de ti luego que los sientas en tu alma. ¿Qué remedio puededar el temor á un mal venidero? Si tú puedes remediarlo, hazlo sin trabajo; mas si no puedes, ¿de qué sirve el inquietarte sin provecho? En estas ocurrencias acude á Dios con indiferencia, y pídele que te dé fuerzas para llevar el mal que temes, si Él quiere que venga sobre ti; que muchas veces, contento Dios con tu resignación, hará que se desvanezca la causa de tu temor. Considera que, si tú quieres unirse con Dios en esta vida, muy pocas cosas tendrás en ella que temer. Si haces una vida conforme á la naturaleza,

temerás muchas cosas: la pobreza, la enfermedad, la enemistad, el desprecio, la deshonra y otras mil miserias. Mas si haces una vida conforme á la gracia, cual debe ser la de cualquier cristiano, cesarán todos estos temores, porque estas cosas no son nocivas al buen cristiano, puesto que por ellas puede llegar al Sumo Bien. ¿Qué cosa hay más espantosa, y más digna de ser temida, que la muerte, especialmente dada por atroces tormentos? Y con todo eso, el Salvador nos dice en la persona de sus Apostóles: «No temáis á los tiranos, á quienes sugerirá el Infierno espantosos tormentos para quitaros la vida: no las temáis.» Porque la pérdida de la vida no es mal cuando por medio de ella granjeáis la vida eterna, exenta de todos los males.

Pero si tu temor fuere tan obstinado que no lo pudieras vencer aun con el auxilio de la razón, acéptalo

y miserias: no lo irrites con pecados voluntarios aunque, á tu parecer, ligeros. Porque este temor te abrirá la puerta del amor, y apren-

delante de Dios y recíbelo como una pena justa de tus pecados. Jesucristo quiso pasar por esta pena en la víspera de su muerte, y por suavizar tus temores quiso entonces que fuese el tuyo, á fuerza de la aprehensión vivísima de los horribles males que le esperaban, tan riguroso y penetrante que le hizo sudar sangre. Nunca llegará á ser el tuyo con aquél comparable. Haz, pues, del tuyo tanto menor que en el caso presente tienes materia de paciencia, y súpelo como Dios lo quiere, ya que no puedes de otra manera echarlo de ti.

¡Dios mío y soberano Señor mío!, que disteis el temor á Caín en castigo de su fratricidio, y muchas veces castigáis nuestra soberbia con permitirnos vanos temores: yo os suplico que me quitéis los míos, uniéndome con Vos. Porque, ¿qué cosa puedo yo temer estando á Vos unida? ¿Y qué cosa podrá temer el

siera que, si tu quieres unirte con Dios en esta vida, muy pocas cosas tendrás en ella que temer. Si haces una vida conforme á la naturaleza,

que con la protección vuestra vive seguro?

§ II

Qué se debe temer.

No nos ha dado Dios el temor inútilmente: cosas hay que deben temerse, y á la prudencia pertenece el preverlas y prevenirlas con el remedio nacido, como propio efecto de su justo temor.

El primero y principal objeto de nuestro temor ha de ser Dios. Porque á Dios debemos temer sobre todas las cosas, como repetidas veces se nos ordena en el antiguo y nuevo Testamento. Y la razón es la que el Salvador da en su Evangelio. Porque Dios, después de habernos quitado la vida del cuerpo, puede arrojar nuestra alma al Infierno para que con aquellos horribles tormentos, eternamente muriendo, vi-

y miserias: no lo irrites con pecados voluntarios aunque, á tu parecer, ligeros. Porque este temor te abrirá la puerta del amor, y apren-

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nosotros, sino solamente por el pecado. Y si no hubiera en el mundo pecado alguno, Dios sería en él reconocido y venerado por el amor antes que por el temor, porque todas las penas que nos envía con justo enojo, sólo son efectos del pecado. Por este mismo pecado debemos también temer á nuestros verdaderos enemigos, que son mundo, demonio y carne. Porque la guerra perpetua que estos enemigos nos hacen sin paz ni tregua, y la persecución con que siempre nos persiguen sin dejarnos jamás, solamente se ordenan á hacernos caer en pecado. Y así es necesario que los temamos en cuanto que nos inducen á pecar, y que los vencamos huyendo de ellos; pero sobre todo evitando ani-

si tu quieres unirte con Dios en esta vida, muy pocas cosas tendrás en ella que temer. Si haces una vida conforme á la naturaleza,

sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios.

mosamente todo pecado, con que ellos del todo quedan vencidos. El mismo pecado debe hacernos temer también sus consecuencias, que son el Infierno y el Purgatorio. El Infierno es una cosa tan espantosa, que todos los hombres deben temer grandemente si no son insensatos. El Purgatorio es tan terrible que sus penas son muy semejantes al Infierno, pero tienen fin. ¿Pero qué será estar allí, por tiempo á veces largo, ardiendo en vivas llamas y sin la vista bella de Dios, pudiendo haberlo evitado en esta vida con fáciles satisfacciones?

Teme también el ofender y dar disgusto á Dios con el más mínimo pecado venial deliberado y advertido; bastante le desagradas con todas tus fragilidades, inadvertencias y miserias: no lo irrites con pecados voluntarios aunque, á tu parecer, ligeros. Porque este temor te abrirá la puerta del amor, y apren-

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nos-

derás á temer á Dios con temor de hijo á padre, temiendo desagradar, aun levemente, á aquel Señor á quien amas sobre todas las cosas.



sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios.



MAYO

(Flor: *Betulia morada.*)

—

Nuestros deseos.

§ I

Deseos vanos.

SUPONGO que los malos y pecaminosos deseos ya están lejos de ti por haber renunciado al pecado y, por consiguiente, á los deseos que pueden volverlo á introducir. Pero siempre es conveniente que repetidas veces aborrezcas y detestes los deseos de este género que en otro tiempo has tenido, y que llores amargamente la miserable condición en que entonces te hallabas,